



HISPANIA



JUAN LLIMONA.—ESTUDIO AL CARBÓN



La Excma. Señora Condesa del Castellá

Directora de MANOS BLANCAS

Ganoso de hacer de *El Liberal* en Barcelona un periódico «para todos», templando algún tanto la aridez de unas páginas en que la ciencia y la política suelen hacer el mayor gasto, Dario Pérez, uno de los periodistas más expertos y más talentosos de España, tuvo el pensamiento feliz de publicar todos los jueves en *El Liberal* en Barcelona una hoja exclusivamente literaria, consagrada especialmente á la mujer y por la mujer redactada. Al salir á luz la primera hoja, ya se expuso el programa, que se comenzó, al mismo tiempo, á cumplir; después, en las hojas sucesivas, ha visto el público cuan poca distancia existe, cuando hay actividad y talento, de la teoría á la práctica.

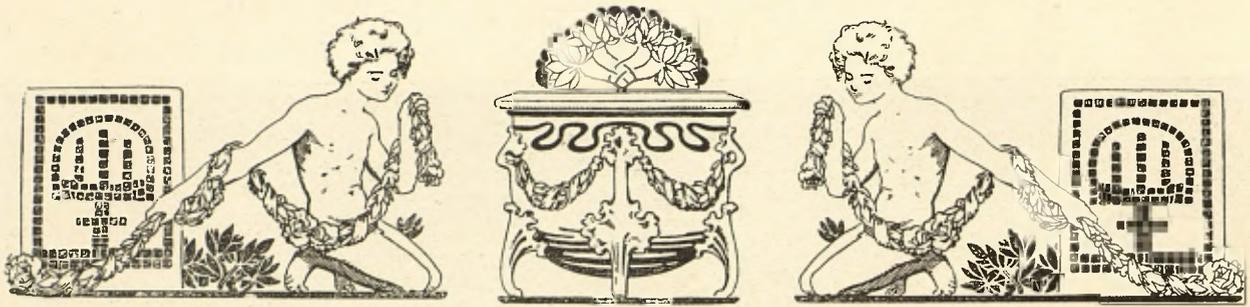
Pero el triunfo mayor de Dario Pérez fué el conseguir que la condesa del Castellá aceptase, tras muchos ruegos y no pocos persuasivos discursos del mencionado Dario, la dirección de la exquisita y amena hoja, que tomó el título de *Manos Blancas*. Preocupada por la magnitud de la empresa, modesta hasta la exageración, con un miedo cervical al público, oponía resistencias, presentaba dificultades que, una por una, fueron vencidas por el jefe de *El Liberal*, en su deseo de complacer á los numerosos lectores de la publicación que tan acertadamente dirige.

Si fué vencida la modestia de la insigne escritora, no así su entusiasmo, el noble entusiasmo que ha puesto en la dirección de la hoja artística á su talento confiada. Su

ingenio, que es de primer rango, su cultura, que es variada y extensa, sus ardimientos juveniles, su devoción al arte, su amor á la patria, sus ansias generosas de progreso, todo está ahí, en esa hoja de los jueves de *El Liberal*, especie de himno armonioso y poético que canta la mujer española, redimida por el progreso, santificada por la virtud, vencedora, por el esfuerzo de la inteligencia, de la esclavitud de la ignorancia.

Obrero yo el más humilde de ese gran taller de *El Liberal*, hago votos ardentísimos por la gloria y por la fortuna de esas hermosas «manos blancas» que vienen á unirse con las nuestras, endurecidas por el trabajo, ennegrecidas por el humo de tantos sueños: «manos blancas», que simbolizan para nosotros la misión altísima de la mujer en la sociedad; de la mujer que con sus «manos blancas» escribe en el alma de la juventud el poema inefable del amor; de la mujer que, con sus «manos blancas», cura, piadosa, nuestras heridas; de la mujer que, con sus «manos blancas», muelle, amorosa, la almohada en que busca descanso la cabeza del combatiente, del soñador y del apóstol; de la mujer, en fin, que con sus «manos blancas» borda la bandera del ideal, junto á la cual nos agrupamos, para defenderla y llevarla al triunfo, los soldados de las ideas.

ANTONIO CORTÓN



EL SEÑOR DE PEÑARÁN

La Iglesia, madre y señora,
celebra una hermosa fiesta,
pues á bautizar se apresta
á Zulfí la bella mora;
dobla campana sonora
desde la torre cercana,
y en tan solemne mañana,
del mundo para consuelo,
muestra el Dios que está en el cielo
su clemencia soberana.

¿Quién no conoce á Zulfí,
á la mora de ojo azul,
de cabello como tul
y de labio carmesí?
¿Quién osa exclamar: la ví,
sin añadir: la adoré?
¿Qué mortal, decid, la ve
por una vez solamente,
que no pondere vehementemente
su andar, su talle y su pie?

Plugo á Dios que comprendiera
del Islam la sinrazón
y á la sacra religión
su alma grande convirtiera.
Que de lo humano en la esfera
no hay otro recto camino
para alcanzar lo divino,
llegando á seguro puerto,
que el que señala el experto
crucificado marino.

Don Garcés de Peñarán,
por su buena ó mala estrella,
vió un día á Zulfí la bella
y entró en su pecho el afán;
despreciando el que dirán
altos proyectos rompió,
solo á Zulfí requebró
y sin reparar rigores,
ofrecióle sus amores
aunque en vano le ofreció.

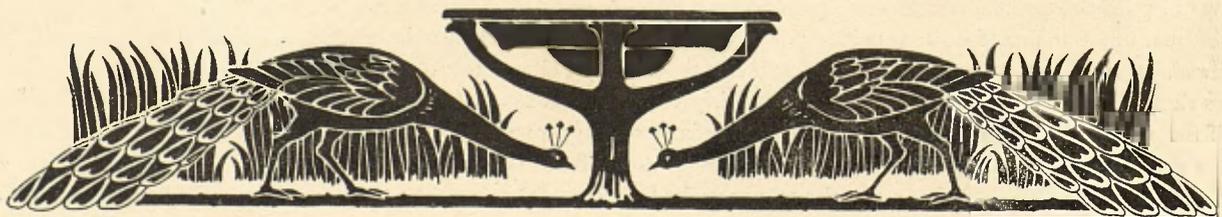
A aquel á quien las beldades
escuchaban diligentes,
al señor, rey de las gentes,
dueño de cien heredades,
árbitro de voluntades
y orgulloso cual ninguno,
daba el orgullo moruno
harto dura una lección,
que excita más su pasión
cual no la excitó ninguno.

¿Porqué, siendo Peñarán
espejo de buen talante
y de atractivo semblante,
rico, valiente y galán,
hace Zulfí el ademán
de no apreciar tal favor
cuando aquel, ebrio de amor,
por la mora se desvela?
Porque Zulfí solo anhela
ser esposa del Señor.

Don Garcés con desconsuelo
pide le digan un nombre
para matarlo si es hombre
cara á cara en feroz duelo;
pero á luchar con el cielo
no se atreve el infeliz,
y aunque comprende el deslíz
de su mente arrebatada,
no puede ver arrancada
tan penetrante raíz.

Y ardiendo de ira en destellos
maldice su suerte avara,
se abofetea la cara
y se mesa los cabellos:
pensando en los ojos bellos
del objeto de su amor
la razón pierde el señor
don Garcés de Peñarán,
más rico que Abderramán,
más valiente que Almanzor.

RAMÓN PÉREZ VILAR





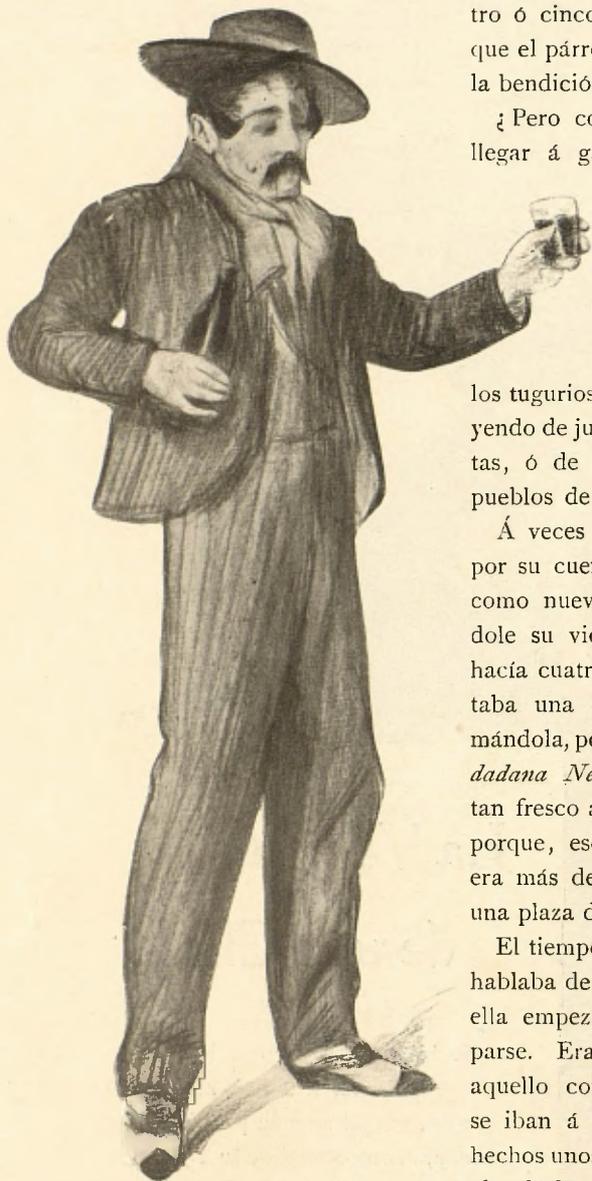
La Venganza de una Chula

No hay que negar que Rita era lo que se llama una real moza; y cuando, envuelta en su pañolón de Manila, acompañada de su *Ugenio*, que era el que la había flechado y con el cual tenía que casarse, aparecía en una de las muchas verbenas que en Madrid se celebran, se llevaba de calle la admiración pública.

No era menos buen mozo su novio, que con chaqueta corta, tufillos, sombrero cordobés y grueso bastón en la mano, parecía desafiar al mundo entero, llevando del brazo á aquella garrida moza que iba derramando hermosura, salud y alegría por todo su cuerpo.

Hacía muchos años que se conocían, desde niños, y hacía muy pocos que se idolatraban: tres solamente, desde que á la pobre Rita se le murió la madre, que era su único apoyo en el mundo.

Eugenio era carpintero, y sólo aguardaba á ganar un jornal de cua-



tro ó cinco pesetas para que el párroco les echase la bendición.

¿Pero cómo había de llegar á ganarlas, si la mayor parte de la semana se la pasaba jugando á la timba en los tugurios del barrio, ó yendo de juerga á las Ventas, ó de capea por los pueblos de la provincia?

Á veces Rita le cogía por su cuenta y le ponía como nuevo, reprochándole su vida, pero él la hacía cuatro mimos, soltaba una chuscada, llamándola, por ejemplo, *ciudadana Nerón*, y volvía tan fresco á las andadas, porque, eso sí, Eugenio era más desahogado que una plaza de toros.

El tiempo pasaba, él no hablaba de matrimonio, y ella empezaba á preocuparse. Era preciso que aquello concluyese. No se iban á pasar la vida hechos unos tórtolos. Ella abordó la cuestión.

— Eugenio, le dijo, hemos de tomar una resolución. ¿Nos casamos ú qué?

— Sí, hija mía; pero aguarda á que me suban el jornal. Si te casas con miquis, no quiero que vaigas más á la frábica, y pa eso es preciso que yo tenga posibles.

— ¿Y si no los tienes nunca? Mira, yo ya estoy harta de que me acompañes de mi casa á la frábica y viceversa... ¿Ganas tres pesetas? Pus con ellas me contento. Yo seguiré haciendo pitillos, y con mi jornal y el tuyo, vamos á estar hechos unos reyes.

— Sí, unos reyes de baraja. ¿Tú crees que yo voy á tener la indiznidaz de dejarte dir al trabajo? En jamás de los jamases.

— Sí, pero mientras tanto se pasa el tiempo y cada vez te guerves más perdió, y vas menos á la carpintería y más á la taberna. Hemos de hablar en serio. ¿Cuándo nos casamos?

— Cuando quieras.

— Pus mañana mismo.

— No t'arrebates tanto. Deja pasar estos meses de verano y allá pa el otoño, por estas que son cruces, emparentaremos hasta la eternidaz.

Consintió ella en el aplazamiento, y siguieron *i due promesi sposi* haciendo la vida de costumbre.

* * *

Unas cuantas calles más abajo de donde vivía Rita, tenía su domicilio el señor Pedro, viudo de unos cincuenta años, que vivía con su hija Dolores, una rubia que trafa alborotados á todos los mocitos del barrio, pues como guapa, lo era, y de veras.

El señor Pedro había sido contratista de caballos para los toros, y además le habían tocado en cierta ocasión diez mil duros á la lotería: de modo que era un potentado en aquellos barrios, de los que no quería salir, porque en ellos había nacido y en ellos quería morir.

Era el señor Pedro un hombre alegre, muy aficionado á las caras bonitas, y siempre que veía pasar á la gentil cigarrera, no dejaba de exclamar:

— ¡Ay, madrecita de mi alma! ¿Á dónde va el sol de estos barrios?

— A la frábica, señor Pedro.

— ¡Ay, y quien juera pitillo pa que me estrujases entre tus dedos!

— ¿De veras?

— Chiquilla, ya te lo he dicho otras veces. El día que un novillo te estropee á Ugenio, ú te lo envíen á Ceuta, que todo pudiera suceder, aquí tienes á un hombre dispuesto á llevarte al altar hasta con palio y todo, porque sí y porque lo vales.

— Usté está de aquí, le decía Rita señalándose la frente con el índice, y se iba riéndose á carcajadas.

* * *

Seguían su curso acostumbrado los amores de nuestros héroes, cuando llegó la verbena de San Juan, y en ella se presentó la esbelta pareja, llamando como siempre la atención, ella por su garbo y él por su empaque.

El tío Pedro, que estaba con su hija Dolores refrescando en una mesa, los llamó para que tomasen algo, y á su lado se sentaron.

Comenzó la conversación y el copeo. Cuando tocaban un baile se levantaba Eugenio, y bailaba alternativamente con Dolores y con Rita.

Ésta notaba con despecho mal disimulado que su novio se volvía una jalea con la hija del señor Pedro, y al final de la verbena, cuando las copas habían hecho su efecto y los dos hombres estaban á medios pelos, el señor Pedro brindó por la sal de las morenas, y echaba una miradas incendiarias á Rita.

Enseguida, con voz algo trapajosa, llenándose el vaso hasta los bordes, Eugenio brindó por las rubias, es decir, por Dolores, y hasta se atrevió á llamarla barbiana delante de la cigarrera.

Ésta no pudo aguantar mas, cogió del brazo á su carpintero, y se despidió con bastante sequedad del viudo y de su hija.

— Parece que te gustan las rubias, le dijo por el camino.

— Nada de eso. Su padre brindó por tí y yo brindé por ella. Me puse á la recíproca.

— No estás tú mala recíproca. Desde hoy, nada con esa señorita achulapada ni con su padre ¿Entiendes? Como si no los conocieses.

Y se despidieron uraños, cosa que no les había sucedido nunca.

Desde la noche de la verbena, Eugenio, con distintos pretextos, fué dejando de acompañar á Rita, hasta que llegaron á pasarse quince días sin verse.

No faltó quien dijese á la moza que con frecuencia se veía á Eugenio acompañando al señor Pedro y á su hija.

La pobre muchacha, para quien aquel hombre era todo en este mundo, porvenir, ilusiones, felicidad, sintió la herida y continuó disimulando.

Pero llegó un día en que él, brutalmente, rompió con ella y la dejó anegada en lágrimas.

Al mismo tiempo una vecina *caritativa* la enteró de la próxima boda de su prometido con la hija del señor Pedro.

Tanto se encendió la sangre de Rita, que al día siguiente, loca, sin saber lo que hacía, llegó á casa del señor Pedro, llamó, la abrió y entró en ella, tropezándose de buenas á primeras con Dolores, á quien, con la llave del piso que llevaba en la mano, dió repetidos golpes en la cabeza, articulando gritos de fiera.

Los vecinos acudieron y las separaron, quedándose Dolores ensangrentada y marchándose ella con una altivez de reina triunfadora.

El escándalo fué grande y el asunto pasó al Juzgado. Á Rita le iba á costar caro aquel celoso desahogo.

Pero acudió el señor Pedro, medió entre su hija y la agresora, y todo el día andaba yendo y viniendo de una casa á la otra, consiguiendo por último echar tierra al asunto y hacer las paces entre las dos guapas mozas.

* * *

No se hablaba de otra cosa que de la boda de Eugenio y de Dolores en la barriada.

Él parecía haberse corregido, y ya no iba á jugar ni de juerga con sus compañeros, asistiendo asiduamente al taller. Dolores le manejaba mejor que la chula.

Ésta se puso una noche en acecho, y al salir Eugenio de casa del señor Pedro se le acercó.

El chulapo dió un paso atrás con cierto recelo.

— No te asustes, hombre, que no te voy á comer. Me han dicho que te casas.

— Así parece.

— Que sea enhorabuena. Yo también me caso.

— ¿Qué me dices?

— El mismito día en que tu lo hagas.

— ¿Y con quién? ¿se puede saber?

— Con el señor Pedro.

— ¡Ave María Purísima!

— Sí, arrastrao, hombre sin entrañas; no me has querido como mujer y me tendrás que tragar como suegra.

* * *

Las dos bodas se celebraron el mismo día. Rita fué quien estuvo más animada, y bailó y se cantó con mucho brío, mientras el señor Pedro la contemplaba estático y su hija Dolores la aplaudía con entusiasmo.

Los dos matrimonios vivieron juntos y comenzó Rita á desarrollar el plan que se había propuesto.

Se hizo íntima amiga de su hijastra y dueña absoluta del señor Pedro.



Y comenzó Cristo á padecer, es decir, comenzó Eugenio á saber lo que era una madre política de la clase de chulas.

Ella agriaba todas las cuestiones entre los jóvenes recién casados, que eran dos caracteres incompatibles, obligaba á intervenir al señor Pedro, intervenía ella también, y aquella casa era un infierno.

Eugenio, que se había casado por el dinero nada más, para hacer la vida de gandul, tuvo que trabajar, y se le obligaba á entregar el jornal y á recogerse temprano, y no se le daba dinero para tabaco, y la suegra sobre todo le daba una vida de perros.

Un día, recordando lo que había sido, quiso echárseles de hombre y amenazó con andar á bofetadas con toda la familia. Nunca lo hubiera dicho. Entre su mujer, Rita y el señor Pedro, le arrinconaron á escobazos y le dejaron hecho una lástima.

Eugenio decayó mucho. Ya no era aquel chulo elegante que atraía las miradas de todas las mujeres. Mal peinado, alicaído, sin un céntimo en el bolsillo, con la ropa muy usada, y á veces hasta con hambre, inspiraba verdadera compasión.

Su mujer, al convencerse de que sólo se había casado



por el dinero, había llegado á despreciarle.

Un año llevó esta vida el infeliz, extranjero en su propio hogar, sin cariño, sin calor, con el alma desolada y sin esperanza de mejorar.

Harto ya, y conociendo, aunque tarde, que estaba pagando la picardía que había cometido, resolvió expatriarse.

Un amigo le prestó algún dinero, con lo que pudo llegar á Santander y embarcarse para América, huyendo de una suegra que pudo haber sido su querida, su adorada mujercita.

En cuanto á Rita, continuó alegrando aquel hogar con sus risas y canciones.

Sin embargo, cuando se quedaba á solas, se le escapaba un hondo suspiro arrancado de las entrañas. Y es que aquel cruel desengaño había atado su

porvenir, apagado sus ilusiones y convertido en un erial sus doradas esperanzas.

Porque la gente de pueblo, como dice el popular sainete, tiene también su corazoncito.

DANIEL ORTIZ

Ilustraciones de C. VÁZQUEZ





J. BORRI.—A VERANEAR.

Arcones españoles, Esgrafiados y Taraceas

Esta clase de muebles generalizose en España, como hemos dicho en el artículo anterior, propagándose de Italia á Mallorca y de ésta á Cataluña y á Valencia primero, y luego al resto de la Península.

Parece que los primeros que aquí se hicieron, fueron destinados á magnates, siendo obra de escultores italianos, que habían venido á nuestras provincias para construir ó decorar monumentos y sepulcros, como aquel célebre Nolano, ilustre autor del panteón que en Bellpuig se erigió á don Raimundo de Cardona.

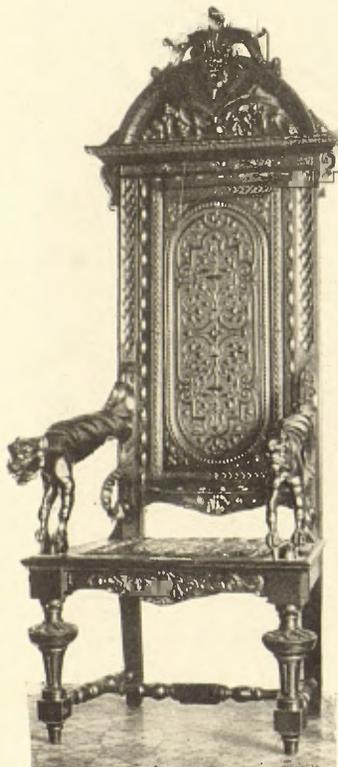
Tal vez tallaría también aquí arcones, en su larga estancia en nuestra región, al volver y al venir de Italia, el célebre Misser Doménech ó Domenico de Florencia, autor del panteón del Cardenal Cisneros.

Lo cierto es, que aquí se encuentran dichos arcones, tallados en nogal, roble ó haya, con las mismas esculturas que los de la península italiana.

Lo que distingue á las arcas esencialmente españolas, es la forma cuadrilonga rectangular y la tapa plana,

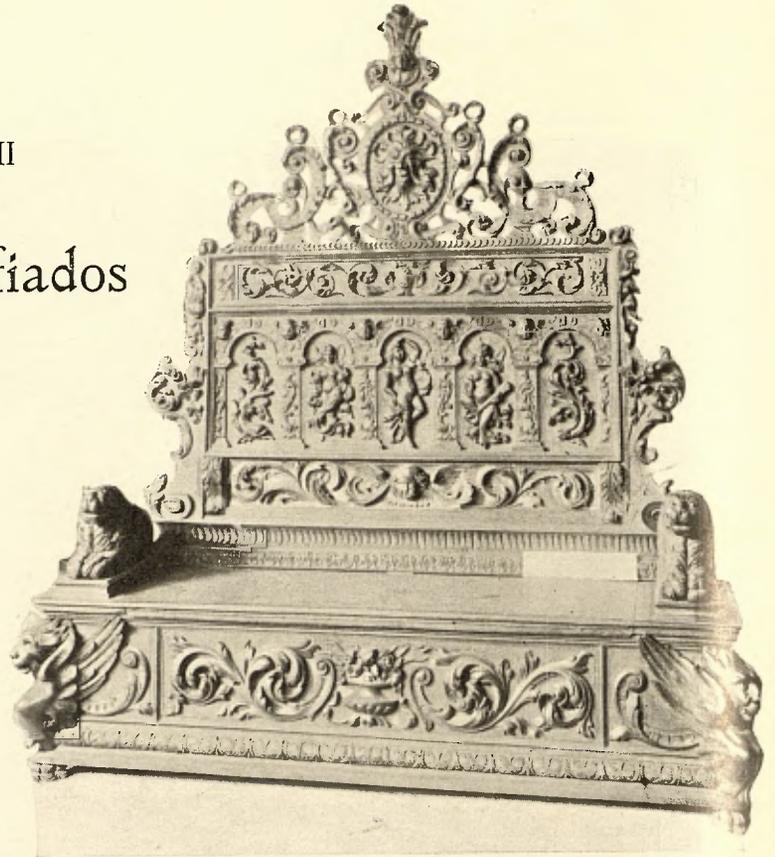
siendo pronto más bajos y á propósito para servir de bancos y poder sentarse encima de ellos, tal como pasaba ya aquí con las cajas góticas. Así se les da el nombre de *Caixa-banchs*.

Estos arcones llegan á bajar hasta la medida de un banco usual, y entonces, á ambos lados de la tapa, que sirve de asiento, se colocan dos leones, dos aguiluchos, dos quimeras, ó simplemente dos brazos decorados con follajes ó caras; y un respaldo como el frontón de una cama de la misma época, se levanta majestuoso, lleno de esculturas decorativas, con un remate, en el cual casi siempre figura el escudo de armas de la casa, ó los emblemas de la corporación ó cofradía á la cual la *Caja-banco* pertenece.



Sillón á gran dosel, estilo mixto de renacimiento y gótico

De la colección del Dr. Viñeta · Bellaserra



Caja-banco, española, del Renacimiento
De la colección del doctor Don José Viñeta · Bellaserra

En las cajas ó arcones españoles los adornos se van simplificando á medida que se llega á fines del siglo xvi y que empieza el xvii.

En 1600 ya casi sólo están decorados por festones, caras, escudos, ó simples molduras geométricas, losanges, etc., y arcos planos y columnitas ó pilastras. El decorado se vuelve plano. Entonces entra el esgrafiado y se generaliza la incrustación de maderas.

La ornamentación esgrafiada no es probable que proceda de Italia, aunque poco se sabe de ella. Tal vez provino de Francia, de la escuela de Borgoña.

Para que resaltaran estas tallas planas, pintábanse los fondos, por lo general de bermellón, de azulado verdoso, ó se doraban mate, pasando por encima el aceite de nueces, el betún y la cera, que les daba medias tintas, apagando los brillos excesivos y quedando el mueble de tonos sumamente simpáticos á la vista. Á veces se pintaban completamente los atributos ó emblemas de los escudos y los lemas de las cintas decorativas, como se había hecho ya en la Edad Media.

La llamada (mal llamada y luego diremos el por que) *Taracea*, en los arcones, arcas, arquillas y demás muebles, reconoce otro origen.

Los árabes españoles, antes que nadie en Europa, fueron los maestros de los alicatados, mosaicos é incrustaciones de madera, nácar y metales, habiéndolo traído á España de Persia, la que lo había heredado de las antiguas civilizaciones orientales.

Á los árabes españoles, de una parte, y á los bizan-

tinios, de otra, se debe la incrustación de los muebles, que se extendió ya, desde fines de la Edad Media, por todas las riberas del Mediterráneo.

Así, lo mismo que en toda España, alcanzó gran boga en Florencia, Siena, Venecia, Ravena y otras ciudades Mediterráneas, el arte de la Taracea, á partir del 1500, aumentando extraordinariamente en el 1600 y años siguientes.

Es evidente que los venecianos, en su comercio con el Imperio Bizantino, impresionados por los mosaicos, por los damasquinados, por las incrustaciones de los esmaltes que revestían las cúpulas de los edificios, por los alicatados y policromados del interior de las iglesias, por las estrias, coloradas y con aplicaciones, que veían en la Gran Metrópoli de Constantino, todo esto les sugirió la idea de imprimir un carácter análogo á los muebles, si es que ya no lo observaran directamente, en aquellos muebles llenos de placas y de aplicaciones de metales preciosos, de marfil, de nácar y aun de pedrería.

Así alcanzaron este efecto, lo mismo los italianos que los españoles, haciendo cortes en hueco sobre una superficie lisa y plana de madera, é incrustando luego en dichos huecos trocitos de varias maderas, de hueso, de nácar, de marfil y aun de metales, puliendo la superficie luego y aplicándole una capa de encáustico ó de cera disuelta en esencia de trementina, para darle un tono traslucido.

Á este procedimiento se le dió en Italia el nombre de *Tarsia*, y en España, más tarde, por corrupción de la palabra, el de *Taracea*.

Y á los artistas que ejecutaban este trabajo, en Italia llamábaseles *Intarsiatori*, y aquí en Cataluña *entreficaires* ó *enfuladors*, dándose el nombre de muebles *amb os* ó *boix entreficat* ó *enfulat* á las *taraceas* é incrustaciones, como se llamaba *Ferre amb aur é argent entrefi-*

cat, á los damasquinados de las armas y armaduras. (*)

En general, las taraceas primitivas tenían los dibujos claros, de una madera blanca ó amarilla sobre el fondo oscuro del nogal ó roble teñido, ó hecho subir de tono, con extracto de nueces ó betún refregado. Á veces en los dibujos tallados en hueco, se metía una pasta ó masilla que se dejaba endurecer, puliendo la superficie luego y dándole el extracto de nueces y la cera para que presentara un aspecto armónico agradable.

Pero pronto se complicaron las maderas y los materiales, hasta construir un verdadero y lujoso mosaico en los muebles que decoraban, llegando á hacer con la tarsia verdaderos cuadros, en los muebles particulares y en los sillones y arrimaderos de los palacios y de los coros, en lo cual se distinguieron Fra Giovanni di Verona, Fra Benedetto Maiano y Fra Damiano Bergamese. Á éste alude Vesari cuando habla de la hermosa sillería del coro de San Estéban de Bérghamo, en el que puso asuntos sacados de los cuadros de Rafael.

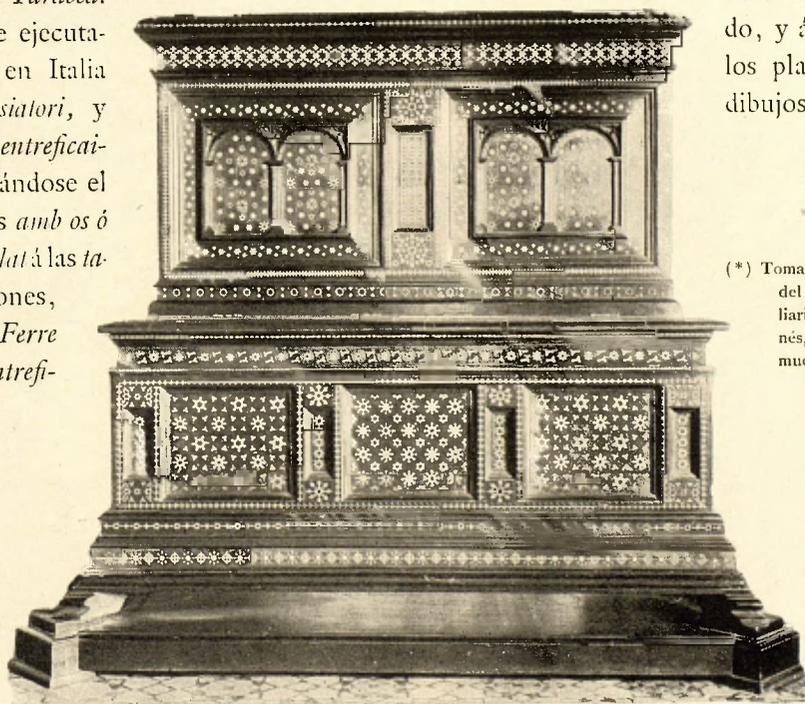
En Cataluña son harto conocidos los cofres ó arcones y arquillas *d'obra de Girona*, con taracea de boj sobre nogal, con un dibujo del Renacimiento á la vez sobrio y holgado, de marcada influencia italiana, lo mismo que los *de pinyonet*, muebles de madera de nogal ó roble, con arabescos, formados por pequeñísimas piezas de hueso ó de marfil, alternando á veces con el nácar, *taraceas* que muestran un manifiesto origen morisco.

Así hallamos en nuestra patria ambas influencias, la italiana y la morisca.

Al hablar de las arquillas volveremos á ocuparnos de estos géneros de decorado, y á más entraremos en los placados de marfil con dibujos ó esgrafiados.

POMPEYO GENER

(*) Tomamos este dato de un testamento del siglo XVI de una familia nobiliaria de cerca Santa Coloma de Farnés, en el cual figura el inventario del mueblaje y armamento del Castillo.

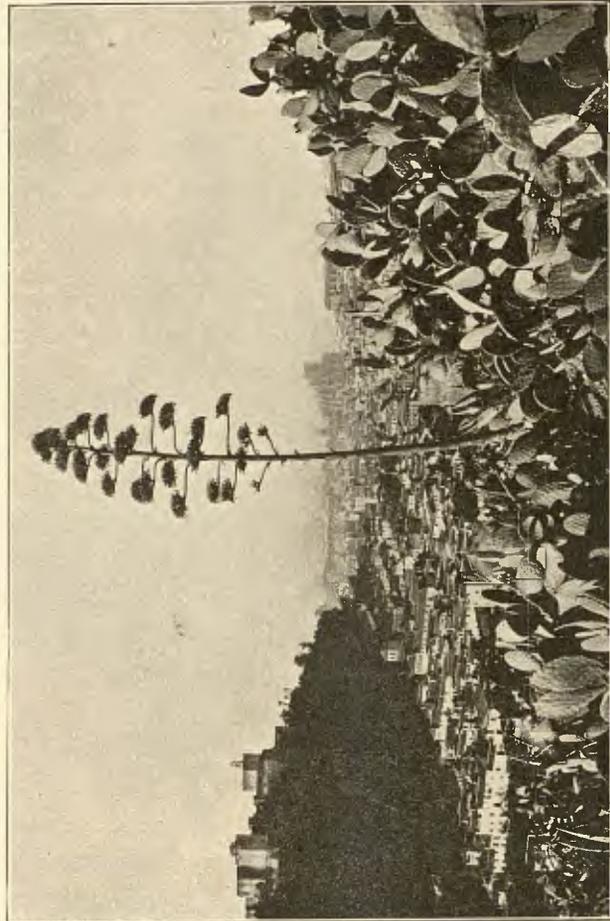


Arca y dosel taraceados, llamados de «Pinyonet» Siglo XVI

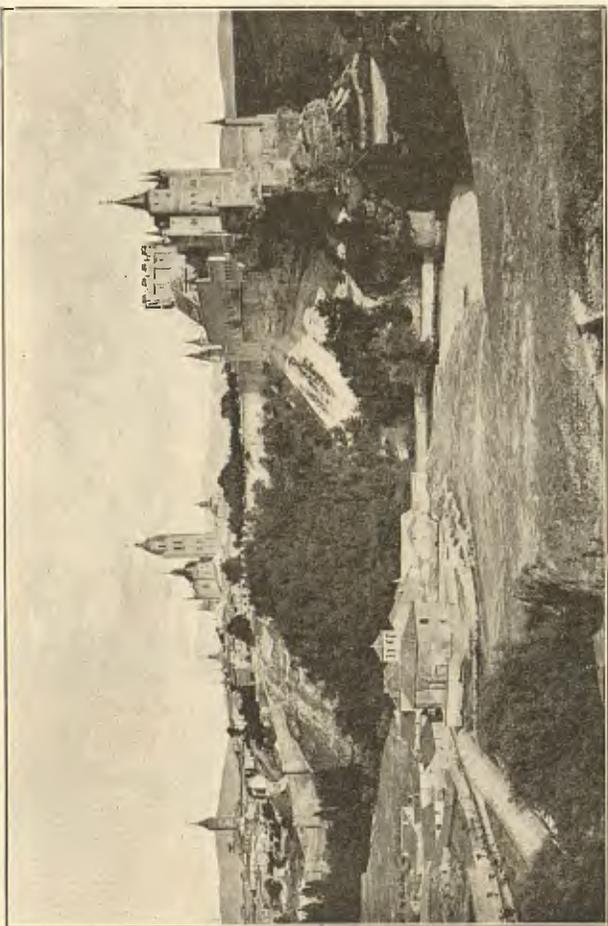
Restaurada por la casa Juan Puigdemólas. — De la colección del Dr. D. José Viñeta-Bellaserra



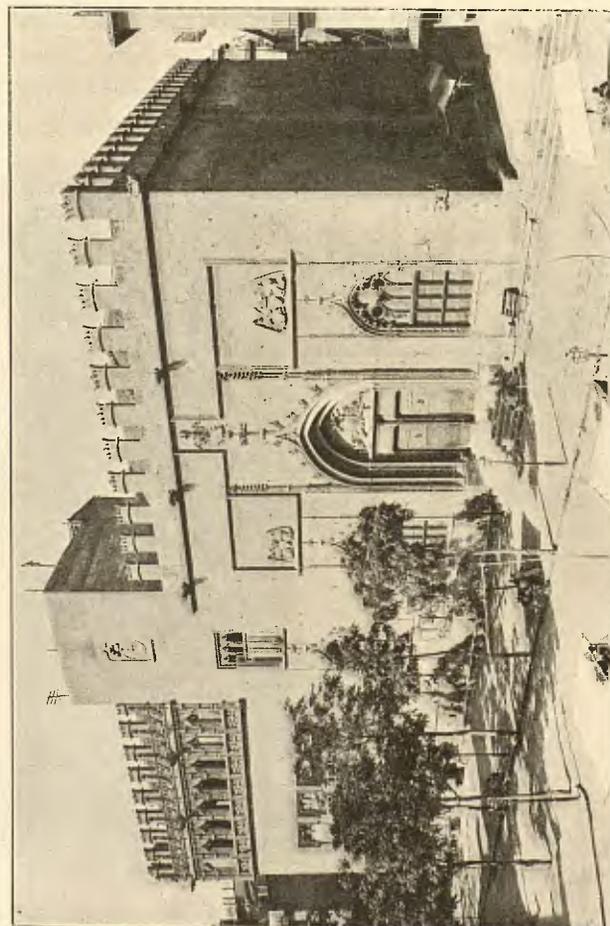
LA PUERTA JUDICIARIA EN LA ALHAMBRA DE GRANADA.



VISTA DE GRANADA Y DE LA ALHAMBRA



VISTA PARCIAL DE SEGOVIA Y DE SU ALCÁZAR



LA LONJA DE LA SEDA EN VALENCIA



Le conocí en París, donde, como es sabido, van á parar todos los fenómenos de las cinco partes del mundo sin que nadie les enseñe el camino. Allí ejercen los oficios más ignorados y extraños, ni siquiera soñados por Figaro en sus modos de vivir que no dan de vivir. Llamábase don Hermeguncio y no era hombre de poco más ó menos, sino que se dedicó toda su vida á labores dignas de su inteligencia preclara y aun clarividente. Logró meter la cabeza en casa de un editor, en calidad de «simple corrector de pruebas», según él confesaba en sus ratos de modestia, y de «director literario», según aduladoras lenguas.

Naturalmente, don Hermeguncio se dejaba llamar director literario y, además, sabio, geógrafo, erudito y hasta nigromante, porque su vanidad era infinita, pero es lo cierto que las pruebas siempre las corrigió desastrosamente, hasta el punto de contar un enemigo en cada autor que le confiaba el cuidado de corregir alguno de sus libros.

Contaba cincuenta años y llevaba lo menos quince corrigiendo: extraña perseverancia, pero explicable al fin, porque el buen señor no acertaba á emplearse en otras labores más altas: esto explica muchos casos de virtud, constancia y fortaleza, que sorprenden y se admiran injustamente.

Los sociólogos modernos han expuesto una doctrina tan antigua como el mundo, de otro modo bautizada aunque practicada de la propia suerte: la utilización del hombre. Nacen muchos con esta doctrina en la masa de la sangre, y don Hermeguncio era uno de ellos. Como por sí solo fuese incapaz de hilvanar ni siquiera media idea, imaginó ¿qué dirán ustedes? pues hacer una enciclopedia, es decir, que se la hicieran. Él se encargaría de dirigirla, y sobre todo de firmarla con letras muy gordas; y si no so-

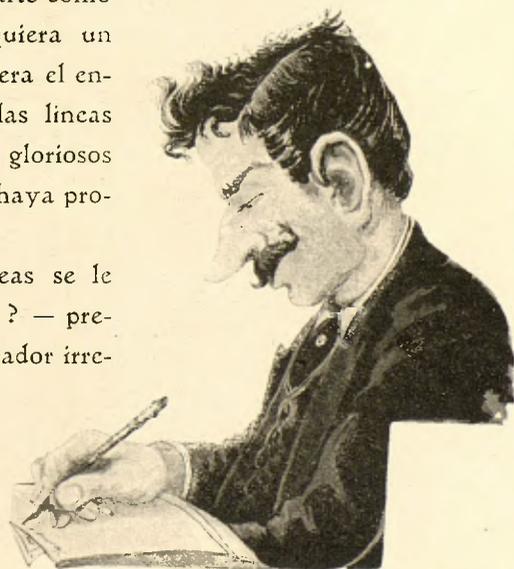
lito, colocando bajo su radiante nombre otros dos, todo lo más, pero con tipos más menudos, que resultaran aplastados y borrados por el suyo.

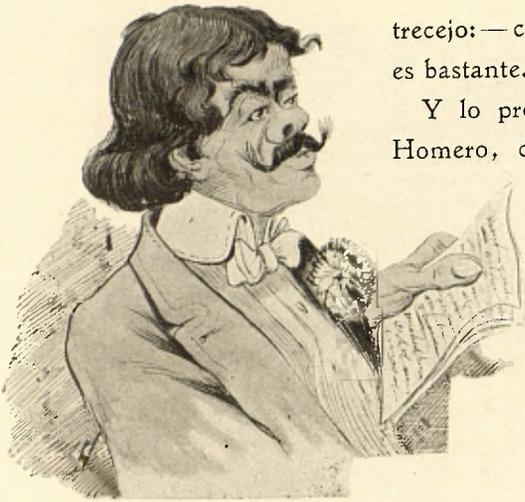
Y como lo pensó lo hizo, pues ya queda dicho que era hombre perseverante. Aquella máquina infernal comenzó á funcionar con toda regularidad y al poco tiempo de empezar á menearse andaba ya solita.

Á hacerla marchar fueron colaboradores españoles, americanos é hispano-americanos, y don Hermeguncio, hecho un Diderot, un d'Alembert y un Perico Larousse, todo en una pieza, presidía los *su-silamientos* en la mesa grande. Cubría su cabeza el gorro de la sabiduría; su rostro estaba poblado de luenga barba que don Hermeguncio se mesaba henchido de gozo por las trascendentales funciones que ejercía y semejava el de un astrólogo interpretando los misterios de lo venidero. Á pesar de lo cual, don Hermeguncio no veía más allá de sus narices, que por cierto eran muy diminutas. ¡Oh perpétuas macabreces de la vida humana! Aquel hombre tan incapaz de gustar el arte como de penetrar ni siquiera un átomo de ciencia, era el encargado de tasar las líneas á los nombres más gloriosos que la humanidad haya producido.

— ¿Cuántas líneas se le ponen á Leopardi? — preguntaba un colaborador irresuelto.

— ¿Leopardi? — prorrumpía don Hermeguncio, frunciendo el en-





trecejo: — cuatro líneas, y ya es bastante.

Y lo propio pasaba con Homero, con Aristóteles ó con Garibaldí. D. Hermeguncio les tasaba líneas, sílabas y letras, con un aplomo y una competencia á que no llegaría el Ins-

tituto de Francia en pleno, al cabo de largos debates.

Era divertido ver cómo allí se allanaban las cuestiones algo dudosas que surgían á cada instante.

Un colaborador apelaba al testimonio autorizadísimo de su mujer para resolver la ortografía de una palabra. Otro al de un hermano suyo que gozaba fama de buen hablísta. Había un señor peruano, que nunca puso los pies en España, el cual veía un americanismo en cada voz del Diccionario de la Academia.

— Sombrero; este es un americanismo del Perú, — decía, y así de las palabras más usuales, incluso los nombres todos del vestuario masculino y femenino.

Discutiase allí sobre todo lo divino y lo humano, y la controversia se apetecía y se provocaba con el honrado fin de trabajar lo menos posible. Un asturiano colaboraba muy hábilmente en suscitar cuestiones peliagudas. El día que no se quería poner la pluma en el papel, el asturiano procuraba magnífico servicio á los amigos del ocio, que lo eran todos, sobre poco más ó menos, incluso el propio don Her-

meguncio. Por fortuna el editor era hombre á quien no arruinaba aquel desmesurado amor á la conversacion; de no haber sido así, la Enciclopedia no habría llegado ni á la letra C.

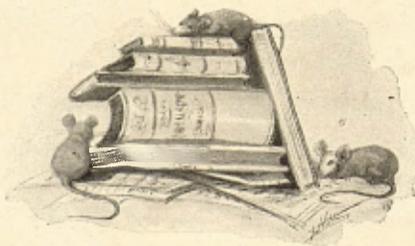
Otro sujeto, natural de Fuensalida, estaba encargado de escribir las biografías de santos. ¡ Pobres santos! y que mal parados salían de la pluma del expenitenciario. Allí se leían noticias tan divertidas como esta: San Hilario, mártir; nació en Capadocia del año 12 al 15 de la Era cristiana. ¡ Desdichado San Hilario que empleó nada menos que tres años en venir al mundo!

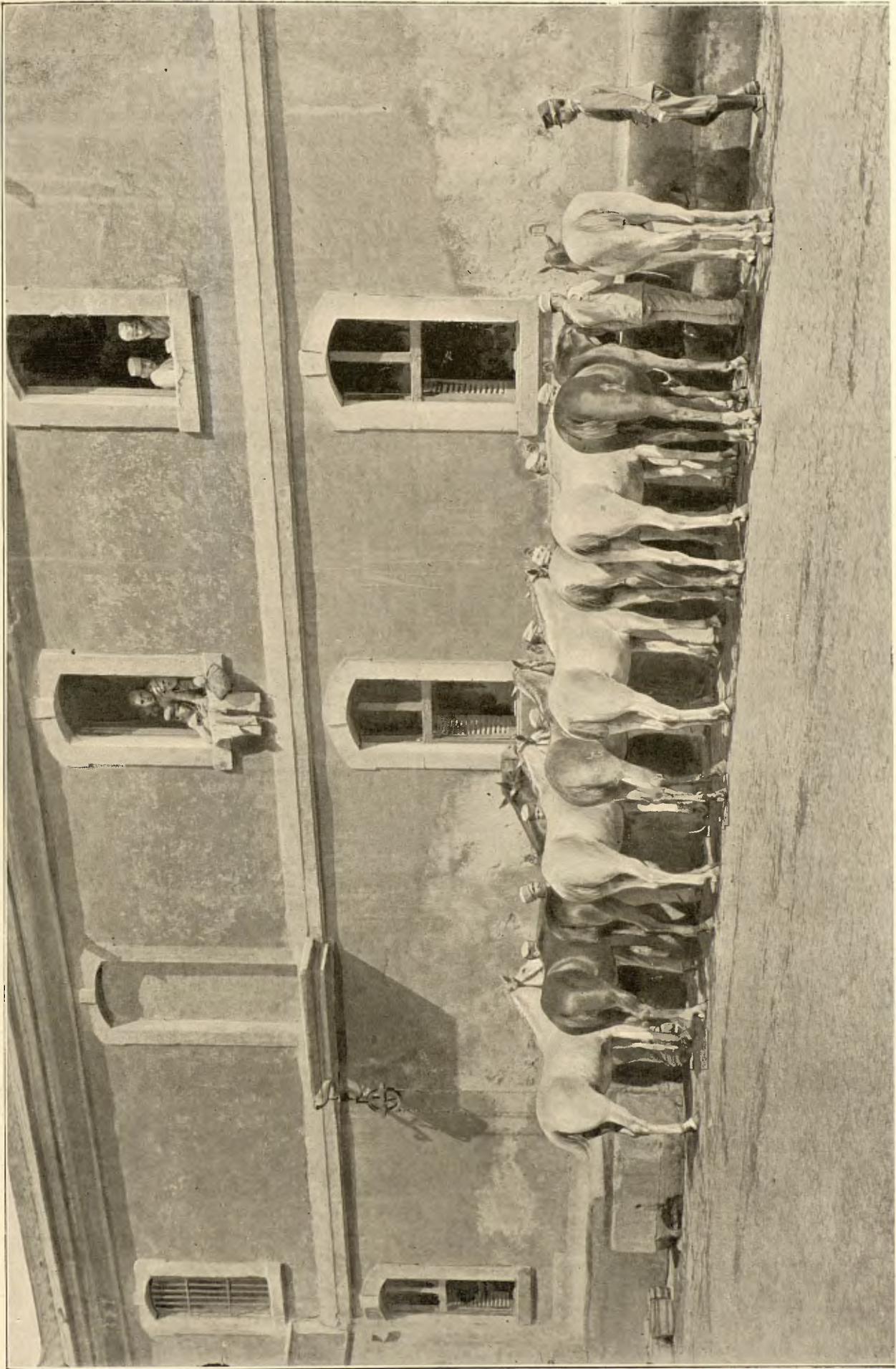
Otro colaborador que vino á la tierra en Lavapies, escribió al fin de una silueta: murió de un trueno. La competencia meteorológica de este madrileño estaba en armonía con la eclesiástica del exfuncionario de penales y con la enciclopédica de don Hermeguncio.

Al cabo de traspies monumentales en todos los ramos del saber humano, cometidos por aquellos colaboradores menesterosos, se llegó á la letra Z. Los paquetes de papeletas quedaron convertidos en dos enormes volúmenes con el nombre de don Hermeguncio al frente, estampado en gruesas letras coloradas. Se distribuyeron varios ejemplares á los periódicos de Madrid y á algunos de América. Pero como nadie se dignó dedicar una mala cuartilla á aquel informe mamotreto, la melancolía se apoderó de don Hermeguncio, que murió de duelo al verse víctima de tamaña injusticia.

C. Román y Salamero

Ilustraciones de *Villar*





ABREVANDO

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



Las mujeres de uno y otro rey se aproximaron. Todos se apresuraron á dejar las monturas y muchas hermosas mujeres quedaron á pie sobre el césped. Para ofrecer servicios á las damas, se manifestaban infatigables.

Las dos reinas se abrazaron y sus graciosos saludos alegraron á muchos caballeros. Allí se veían muchos guerreros que no se descuidaban en servir á las mujeres.

Inmediatamente llevaron á los huéspedes á sus aposentos. Entre tanto Brunequilda no dejaba de echar miradas á Crimilda, que estaba muy bella. Con el brillo del oro luchaba el esplendor de sus colores.

Por todas partes, en la ciudad de Worms, se oían los gritos de alegría de los guerreros. Gunter mandó á Dankwart, su aposentador, que tuviera cuidado de ellos; éste se ocupó inmediatamente en buscarles alojamientos.

Servíanlos con la mayor afección, sin ninguna mezcla de odio. El rey se sentó á la mesa con sus huéspedes; y se rogó á Sigfrido que ocupara el asiento que tenía antes. Con él fueron á tomar sitio muchos hombres valientes.

Doscientos guerreros estaban sentados á la mesa formando círculo. La reina Brunequilda pensaba que no había nadie tan rico como su vasallo. Sin embargo, lo quería aún mucho para desearle daño.

Al terminar la noche, cuando apuntaba el día, de los cofres de viaje sacaron las mujeres muchos vestidos, en los que estaban engarzadas piedras preciosas. Prepararon así muchos suntuosos trajes.

Antes de que fuera día claro aparecieron en el salón muchos caballeros y escuderos. Se escuchaban los toques de la misa que cantaban por el rey. Muchos jóvenes guerreros fueron á ella y el rey les dió las gracias.

Echaron pie á tierra ante la iglesia. Todavía Brunequilda no sentía odio ninguno. Llevando la corona entraron en la ancha nave; desde este punto el amor se trocó en un horroroso odio.

Después de oída la misa, volvieron con la misma pompa. Llenas de alegría se dirigieron á la mesa del rey; su alegría no se interrumpió en toda la fiesta, hasta el undécimo día.

La reina pensaba: «No puedo esperar más. Aunque me cueste gran pena, Crimilda no nos hace saber por qué durante tanto tiempo, su marido, que es nuestro vasallo, nos ha tenido privados de sus servicios: no quiero dejarle de hacer esta pregunta.»

Esperó la ocasión que le aconsejaba el demonio: la fiesta y los placeres los transformó en dolores y lágrimas. Lo que tenía en su corazón debía llegar: por esto muchos países experimentaron grande aflicción.

XIV

COMO SURGIÓ LA CUESTIÓN ENTRE LAS DOS REINAS

Un día, antes de vísperas, los guerreros movían gran alboroto en el patio del palacio. Para pasar el tiempo, se entretenían en juegos caballerescos y la multitud se había agolpado para verlos.

Sentadas la una junto á la otra estaban las dos poderosas reinas y pensaban en los dos héroes tan dignos de admiración. La hermosa Crimilda dijo: «Tengo un esposo á cuyo poder deberían estar sometidas todas las tierras de este país.»

La señora Brunequilda le respondió: «Eso podría suceder únicamente cuando tú y él vivierais solos, pero en tanto que Gunter viva, cosa semejante no puede suceder.»

Crimilda le replicó: «Mira hacia allá abajo, como él se adelanta majestuosamente delante de los demás guerreros á semejanza de la luna brillante entre las estrellas. Con razón yo me siento orgullosa.»

Brunequilda le dijo: «Por arrogante, leal y hermoso que sea tu marido, debes anteponer á tu hermoso Gunter el héroe, tu noble hermano.»

Crimilda dijo á su vez: «Es tan digno de afecto mi esposo, que no lo he alabado sin motivo. Grande es su gloria en muchas cosas, ¿no lo crees tú así Brunequilda? Por lo menos es igual á Gunter.»

«Menester es, Crimilda, que no comprendas mal lo que te digo, pues nada ha sido con mala intención. Oí decir á ambos el día en que ví al rey por primera vez, que Sigfrido no era más que un vasallo del rey: por esto lo he considerado también como mío.» La hermosa Crimilda le dijo: «En tal caso hubiera yo sufrido grave daño.

¿De que modo mis nobles hermanos hubieran consentido en verme de este modo mujer de un vasallo? Yo te pido, Brunequilda, amistosamente, que dejes de hablar así, en gracia á mi cariño.»

La reina respondió: «De ninguna manera lo haré; ¿cómo he de prescindir del servicio personal de tantos caballeros como nos están sometidos, con el héroe, por derecho de vasallaje?» Crimilda la hermosa comenzó á sentirse fuertemente irritada.

«Puedes desde luego renunciar á ello, pues jamás lo verás á tu servicio. Él está mucho más alto que mi hermano Gunter, el noble héroe. Dejarás pues de decir lo que de tu boca he oído.

»Extraño por demás me parece, que si es tu vasallo, que si sobre los dos tienes tan alto poderío, te hayas privado durante tanto tiempo del tributo de nuestros servicios.»

«Muy altiva te pones» le replicó la reina. «Ahora quiero ver si rendirá tantos honores á tu persona como á la mía.»

Crimilda dijo á su vez: «Pues bien, lo veremos: ya que te has atrevido á sostener que mi Sigfrido es un vasallo, los guerreros de ambos reyes decidirán hoy si debo entrar en la iglesia antes que la reina.

»Menester es que hoy mismo veas que soy noble y libre y que mi marido goza de mayor consideración que el tuyo. En este asunto no quiero sufrir ultraje. Hoy mismo verás que la esposa de tu vasallo marcha en la corte ante todos los héroes del país de Borgoña. Quiero probar que mi dignidad es más elevada que la de ninguna esposa de rey que haya llevado corona.»

Entre las dos mujeres se había levantado un odio furioso.

Brunequilda le respondió enseguida: «Si no quieres aparecer como vasalla mía, debes separarte con tus mujeres de mi acompañamiento, cuando vayámos á la catedral.» «Por mi fe» contestó Crimilda «así se hará.»

«Á vestirse mis damas» añadió Crimilda: «es menester que mi dignidad aparezca hoy sin deshonor.»

Cuarenta y tres vírgenes que había llevado á las orillas

del Rhin la acompañaban: llevaban ricas telas tejidas en la Arabia. De tal manera, las jóvenes se dirigieron á la catedral. Los guerreros de Sigfrido las aguardaban delante del palacio.

Las gentes manifestaban extrañeza por lo que ocurría. Veían á las dos reinas separadas caminando la una distante de la otra y no juntas como era costumbre.

Delante de la catedral estaba parada la esposa del rey Gunter. Muchos caballeros experimentaban gran placer contemplando á las hermosas mujeres. Pero mirad como se acerca la noble Crimilda con muy notable séquito.

Cuanto en trajes pudo llevar la hija de un noble caballero, era un soplo si se compara con los que llevaban las de su acompañamiento. Ella también llevaba sobre sí, tantas riquezas, que treinta esposas de reyes no hubieran podido ostentarlas.

Llegaron juntas ante la catedral: la señora de la casa del rey, movida por la furiosa cólera, mandó á Crimilda que se detuviera. « Ante la esposa de un rey no se debe poner la mujer de un vasallo. »

Así le contestó la hermosa Crimilda, animada por el furor. « Mejor fuera para tí haberte callado. Tú has deshonrado tu hermoso cuerpo: ¿cómo la concubina de un hombre puede llegar á ser esposa de un rey? »

« ¿Á quién has llamado aquí concubina? » preguntó la esposa del rey. « Á tí », respondió Crimilda « tu hermoso cuerpo lo ha poseído primero Sigfrido, mi amado esposo: no es mi hermano quien te ha hallado virgen. »

« ¿Dónde estaba tu espíritu? ¿Es por criminal capricho por lo que te dejabas poseer del que era tu vasallo? »

« Por mi honor » replicó Brunequilda « todo esto lo diré á Gunter. »

« ¿Qué me importa á mí? Tu orgullo te ha engañado: en tu discurso me has puesto como vasalla tuya. Con ello me has inferido una herida que me durará toda la vida: jamás te otorgaré ni mi afecto, ni mi confianza. »

Brunequilda rompió á llorar: Crimilda pasó delante y entró en la catedral con su acompañamiento primero que la esposa del rey.

Brunequilda, con las de su acompañamiento, se colocaron delante de la catedral. Ella pensaba: « Crimilda tiene que decirme por que me ha ultrajado la orgullosa mujer: si se ha alabado en verdad, le costará vida y cuerpo. »

Se acerca la noble Crimilda con muchos fuertes guerreros. Así le dijo la señora Brunequilda. « Detente aquí. Tú me has llamado concubina; demuéstramelo; tus palabras me han herido, no debes ignorarlo. »

La hermosa Crimilda le respondió: « ¿Por qué no me dejas pasar? Yo lo pruebo con este anillo de oro que llevo en la mano. Sigfrido me lo trajo después de la noche que pasó contigo. »

Ella le dijo: « Ese noble anillo de oro me ha sido robado; hace mucho tiempo me lo ocultan malvadamente. »

Crimilda le dijo á su vez: « Yo no quiero pasar por una ladrona. Mejor hubieras hecho en callarte, si tanto estimas tu honor: pruebo con este cinturón que ajusta mi talle que no miento. Sigfrido ha sido tu amante. »

Llevaba un cordón de seda de Nínive con muchas piedras preciosas, que era muy hermoso. Cuando Brunequilda lo vió, comenzó á llorar. Fué menester que Gunter lo supiera y todos los que con él estaban.

La reina del país dijo: « Haced que venga el rey del Rhin; quiero decirle de que manera me ha ultrajado su hermana. Ella ha dicho ante toda la gente que he sido la amada de Sigfrido. »

Llegó el rey con sus guerreros, vió llorando á su Brunequilda y le dijo con dulzura: « Dime, esposa querida, quien te ha inferido ofensa. » Así le contestó al rey. « Con razón estoy afligida. »

« Tu hermana quiere deshonrarme sin piedad y ante tí me quejo de ello; dice que su esposo Sigfrido ha sido mi amante. » El rey Gunter contestó: « Ha hecho muy mal. »

« Ella trae aquí mi cinturón, que yo había perdido y mi anillo de oro rojo. Si no procuras que yo quede libre de esta afrenta, señor, no te podré amar nunca más. »

El rey Gunter dijo: « Que lo llamen inmediatamente: es menester saber si en realidad se ha alabado de ello ó

que el héroe del Niderland desmienta el hecho. »

Cuando el héroe Sigfrido los vió tan descompuestos, porque de aquello no sabía nada, dijo con vehemencia: « ¿Por qué lloran estas mujeres? Quiero saberlo: y también, ¿por qué causa se me ha llamado á mí? »

Así le contestó el rey Gunter: « Siento gran dolor en mi corazón. Mi esposa, la señora Brunequilda, me da la noticia de que te has alabado de ser su primer amante. Así lo sostiene tu esposa la señora Crimilda: guerrero, ¿has hecho tú eso? »

« Nunca lo he hecho » respondió Sigfrido « y si ella lo ha dicho, yo le haré comprender que nunca lo debió decir y quiero probarte, señor, con mi más sagrado juramento, ante todos estos guerreros, que jamás dije semejante cosa. »

El príncipe del Rhin dijo: « Házmelo saber de ese modo. El juramento que tú me ofreces pres-



tar, será causa de que aleje de mi toda sospecha de que mientes.» Los Borgoñones se agruparon todos formando un círculo.

El fuerte Sigfrido levantó la mano en señal de juramento. El rico rey dijo: «Tu completa inocencia me ha sido perfectamente demostrada: Quedo convencido de que tú no has dicho lo que Crimilda afirma.»

El atrevido Sigfrido respondió: «Caro pagará el haber afligido á tu hermosa esposa; esto me causa el más grande de los pasares.» Los dos nobles y fuertes guerreros se miraron frente á frente.

«Debía enseñárseles á las mujeres, añadió Sigfrido el héroe, á prescindir de todas esas palabras insolentes. Prohíbeselo á tu esposa, y yo haré lo mismo con la mía. Tal inconveniencia me causa honda pena.»

Tal era la aflicción de Brunequilda, que muchos de la gente de Gunter sintieron piedad. Hagen de Troneja se acercó á su reina.

Le preguntó qué tenía, por que la hallaba llorando. Ella le dió la noticia. Él le prometió, levantando la mano, que el esposo de Crimilda sufriría la pena, ó nunca él se había de entregar á la alegría.

En tanto pronunciaban estas palabras, llegaron Ortwein y Gernot. Estos héroes acordaron la muerte de Sigfrido. También llegó Geiselher, el arrogante hijo de Uta; al escuchar sus razones, les dijo con lealtad:

«¡Oh! buenos guerreros, ¿por qué vais á hacer eso? Sigfrido no merece un odio tal que sea necesario quitarle vida y cuerpo. La menor ofensa excita el odio de las esposas.»

«¿Acataremos á bastardos? preguntó Hagen: de esto no resultará honor ninguno para muchos guerreros. Por cuanto él se ha alabado de mi amada reina, menester es darle muerte ó que yo perezca.»

El rey mismo dijo: «Nada nos ha hecho él, que no sea por nuestro bien y nuestra gloria: dejémosle la vida. ¿Qué os parecería si yo odiase á ese guerrero? Siempre nos ha sido fiel.»

Así habló el héroe de Metz, el señor Ortwein: «De nada le podrá servir su gran fuerza. Si me lo permitís yo le causaré todo el mal posible.» Desde entonces los guerreros fueron enemigos suyos, sin razón ninguna.

El rey dijo: «Dejad ese furor sanguinario. Él ha nacido para nuestro honor y nuestro orgullo; si con su terrible fuerza este hombre maravilloso supiera vuestros designios, no podríais resistirlo.»

«En manera alguna», replicó Hagen; «como quieras consentirlo, puedo prepararlo todo secretamente. Él pagará la pena de Brunequilda. Por lo demás, Hagen será siempre un enemigo para él.»

Así le preguntó el rey Gunter: «¿Cómo puede conseguirse eso?» Inmediatamente, le respondió Hagen: «Voy á deciroslo: nosotros haremos caminar por este país á unos mensajeros que no sean conocidos y que vendrán á declarararnos la guerra.»

»Enseguida haréis saber á vuestros huéspedes que vais á salir á la defensa con toda la gente: yo conseguiré el medio de matarlo y me lo dará la misma esposa del fuerte guerrero.»

XV

DE COMO HICIERON TRAICIÓN Á SIGFRIDO

A la cuarta mañana, se vió entrar á treinta hombres que caminaban á caballo: anunciaron á Gunter el rico que iban á desafiarlo.

Obtuvieron audiencia y se presentaron ante la corte. Dijeron que eran gentes enviadas por Ludegero, el mismo al que la mano poderosa de Sigfrido había vencido y llevado prisionero al país del rey Gunter.

Este saludó á los mensajeros y los hizo sentar. Uno de ellos dijo: «Dejad que permanezcamos de pie, hasta que digamos el mensaje que os traemos: tenéis por enemigos, no lo ignoréis, á los hijos de muchas madres.»

»Ludegasto y Ludegero, á los que en otro tiempo habéis hecho sufrir grandes males, os desafían. Quieren atacar vuestro país con un ejército.» El rey comenzó á manifestarse irritado cuando supo tal noticia.

Hicieron que los falsos mensajeros se retiraran á sus alojamientos. ¿De qué modo nadie, ni Sigfrido, se hubiera podido librar de aquellas maquinaciones? Pero más tarde el dolor fué para los que las habían preparado.

El rey siguió el complot con sus amigos: Hagen de Troneja no le dejaba descansar. Los fieles al rey hubieran querido darlo todo al olvido, pero Hagen no abandonaba por nada su proyecto.

Un día Sigfrido los halló tratando de su traición. El héroe del Niderlad comenzó á interrogarlos: «Por qué están tan tristes el rey y sus guerreros? si alguno os ofendió, yo os ayudaré para que todos quedéis vengados.»

El rey Gunter dijo: «Estoy pesaroso y no sin motivo. Ludegero y Ludegasto me han desafiado y quieren atacar á mi país con un ejército.» El valiente héroe respondió: «El brazo de Sigfrido os ayudará, contribuyendo á vuestra gloria. Los trataré de nuevo como la otra vez. Convertiré en desiertos sus ciudades y sus campos, antes de volver. Os respondo con la cabeza.»

»Vos con vuestros guerreros permaneceréis aquí. Dejad que yo con los míos salga al encuentro del enemigo, y os probaré cuan dispuesto estoy á servirlos. Sabedlo bien: yo solo bastaré para que vuestros enemigos sufran grave daño.»

«Mucho me alegran tus palabras», le respondió el rey como si en realidad se sintiera favorecido por la ayuda que le ofrecían. El traidor se inclinó profundamente con falsa. El noble Sigfrido le dijo: «No tengáis cuidado ninguno.»

Caballeros y escuderos se prepararon para la expedición, si bien todo aquello era no más que para engañar á Sigfrido y á los suyos. Ordenó á los que con él habían venido del Niderland, que estuvieran preparados, y los guerreros de Sigfrido dispusieron sus aprestos de guerra.

Así dijo el fuerte Sigfrido: «Padre mío Sigemundo: permaneced en este país: si Dios nos protege, pronto volveremos á las orillas del Rhin. Permaneced aquí alegre y contento al lado del rey.»

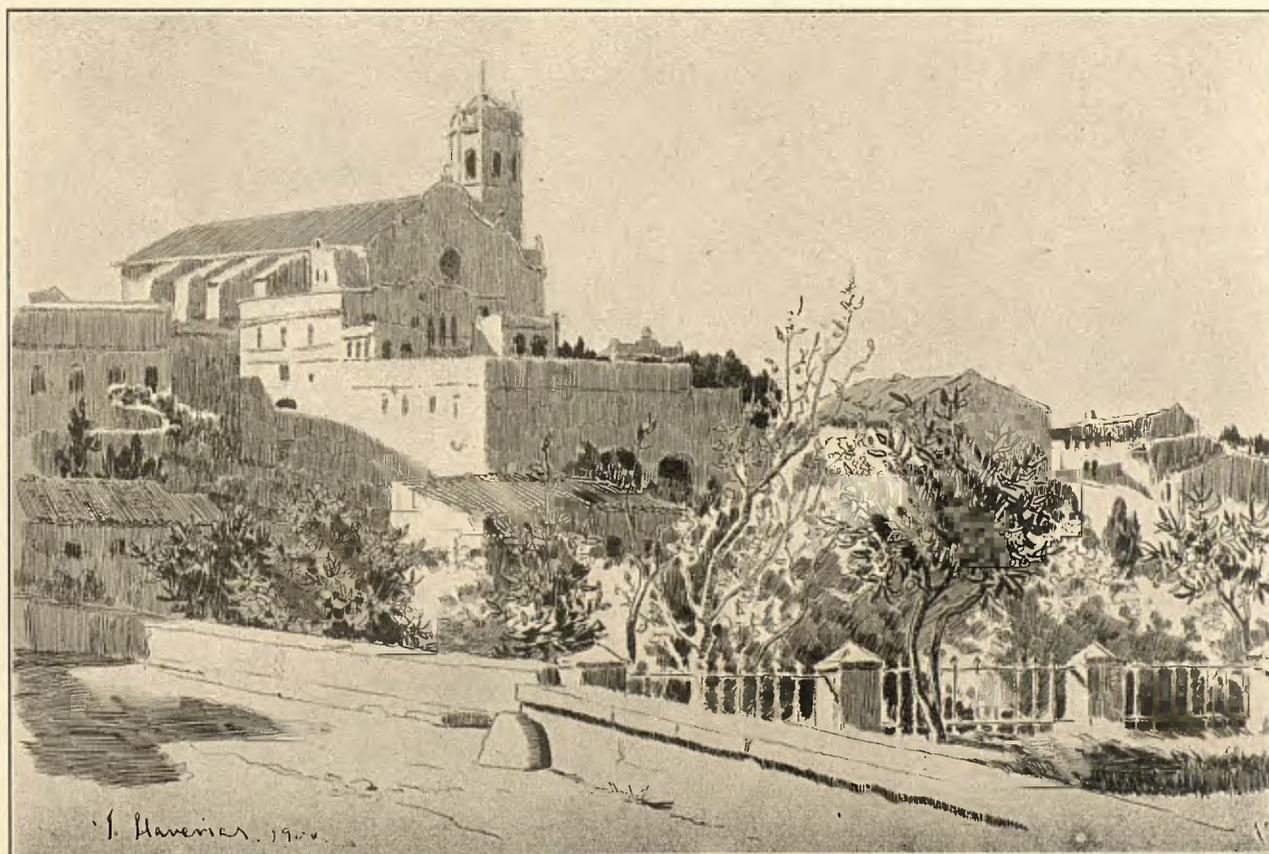
Sujetaron á los caballos yelmos y corazas; muchos nobles caballeros del país, se prepararon para marchar. Hagen de Troneja fué á dónde estaba Crimilda, para que le diera sus órdenes, pues iba á abandonar el país.

«Felicidad grande es para mí» dijo Crimilda «que haya podido conquistarme un hombre que sabe defender á mis buenos amigos, tan bien como mi señor Sigfrido.»

»Querido amigo Hagen, pensad que estoy dispuesta á servirlos y que nunca fuí enemiga vuestra. En gracia á esto, haced que pueda conservar á mi querido esposo; no debe él sufrir castigo por lo que yo he dicho á Brunequilda.»

»Muy arrepentida estoy ya», añadió la noble esposa: «por este motivo él ha martirizado mucho mi cuerpo: su espíritu estaba contristado porque yo había dicho cosas, pero el fuerte y buen héroe, se ha vengado.»

(CONTINUARÁ)



DIBUJOS DE LLAVERIAS



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ... ¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!